

CARNAVAL VENECIANO

Si hay una ciudad europea ligada al Carnaval, esa fiesta pagana que celebramos en estas fechas, ésta es Venecia. En estas páginas presentamos unas conversaciones con el veneciano Hugo Pratt (creador del personaje Corto Maltés) y sendas reseñas de otros tantos libros ambientados en la ciudad de los canales de Donna Leon, Jan Morris y Paul Morand



La ruta del aventurero

Conversaciones con Hugo Pratt, el padre de Corto Maltese

Memorias

POR JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

■ Un autor no siempre se parece a su personaje. Baroja era todo lo contrario de los errabundos protagonistas de sus novelas. Pero Hugo Pratt, si hemos de hacer caso a sus conversaciones con Dominique Petitfaux, tenía mucho del más célebre aventurero del mundo del cómic, Corto Maltese. Su infancia es veneciana. En su familia paterna había fervorosos fascistas, mientras que la materna era de origen judío. Hasta que Hitler llegó al poder y comenzó a influir sobre Mussolini, que al comienzo lo despreciaba, eso no fue ningún problema. El recuerdo que Hugo Pratt guarda del fascismo tiene poco de convencional: "El fascismo liberó de tabúes a los jóvenes de mi generación, nos dio una cierta idea de libertad y la posibilidad de una aventura,



El veneciano Hugo Pratt, creador de Corto Maltese. ERLING MANDELMANN

cosa que antes estaba prohibida: la aventura se vía como una ruptura de los moldes sociales. El fascismo nos permitió liberarnos de la opresión de la Iglesia y de la Familia. Por supuesto, que acabó en catástrofe; pero a los diez años me hubiera sorprendido mucho que alguien lo hubiera rechazado".

La aventura imperial del fascismo le llevó a Etiopía. Allí simpaticizó con los nativos y se acostumbró, cuando estalló la guerra, a moverse entre dos bandos, a no ser fiel a ninguna bandera, sino solo a sus amigos.

Con una cierta incredulidad leemos las peripecias de Hugo Pratt en Etiopía y, después de 1943, en Italia, donde, si hemos de hacerle caso, vistió todos los uniformes, también el alemán: "Muy a pesar mío, me vi enrolado en la marina alemana. Con otros miembros de la policía marítima, me enviaban en barcas armadas destinadas al transporte de sal. Íbamos a la zona de Porto Garibaldi, en el estuario del Po. Al cabo de unas tres semanas, conseguí escaparme. Dormía en las barcas. Entré en contacto con miembros de la resistencia proaliada, como Pems Kellerman, un judío de la quinta columna. Algunos de ellos, eran capaces de cualquier cosa. Un día vi a uno poner el cañón en la sien de un centinela dormido, y disparar cuando el pobre tipo se despertó".

En el prólogo se pregunta Dominique Petitfaux si el creador de Corto Maltese ha contado siempre la verdad. "¿Cuál de sus vidas nos va a contar?", es la primera pregunta que le hace. Y la respuesta: "Puedo contar mi vida de trece maneras distintas". Contar la vida es contar la novela de la propia vida: callar unas cosas, exagerar otras, disponer lo acontecimientos en un orden adecuado, in-

ventar recuerdos quizá más exactos que los recuerdos verdaderos.

Si hemos de hacerle caso, cuando Venecia fue liberada, en abril del 45, "él recorrió la ciudad en un coche blindado canadiense, vistiendo el uniforme escocés". Cómo se puede recorrer Venecia en un coche, blindado o no, este veneciano no nos lo explica ni el entrevistador se preocupa de preguntárselo.

La guerra, tantos años después, es solo el escenario en que cualquier aventura resulta posible: "Venecia es un caos gigantesco, un carnaval improvisado. Durante el día se desembarcan armas y medicamentos; las noches las pasamos en juergas memorables". En ese carnaval improvisado, Hugo Pratt disfrutó todo lo que puede: "Algunos días después de la liberación de Venecia, dejé a los canadienses por las tropas neozelandesas del general Freyberg. Me presenté ante él con la cara pintada al estilo maorí, y alegando que los escoceses me enviaban como intérprete. Mis vivencias etíopes me habían enseñado que todo es posible en el bando victorioso, tal es el clima de euforia que se respira. Como me había percatado de que en el bando británico los símbolos distintivos se contaban por miles, me procuré condecoraciones e insignias de todas clases para adornar mis uniformes".

Luego viene la larga estancia argentina, donde se convirtió en un profesional del cómic (hasta entonces el dibujo era poco más que una afición): "Lo de Buenos Aires fue un flechazo: esa ciudad gigantesca, con un puerto como Venecia, pero un puerto enorme. Si se ve desde el punto de vista turístico, no hay manera de comprender su esencia, es decir, su misterio, su fuerza, su ironía". Allí se relaciona con gente de todas clases, incluidos muchos antiguos nazis, como un tal Ricardo Klement, que luego resultó ser nada menos que Eichmann, el genocida secuestrado, juzgado y ejecutado en Israel.

A la desinhibida vida amorosa de Hugo Pratt (que él relaciona con su infancia y adolescencia fascistas) se dedican muchas páginas. En 1965 tuvo tres hijos de tres mujeres diferentes, según cuenta. La historia de uno de ellos, Tebocué, es la más curiosa de todas. Tras ganarle una partida de dados, un aviador ha de llevarle a donde él quiera en la Amazonia. Pratt quiere seguir las huellas de Fawcett, un explorador desaparecido. Llegan hasta el territorio de los indios xavantes. El americano le dice que tiene cosas que hacer y que volverá por la tarde a recogerle. Pero no vuelve. A Pratt no le queda más remedio que integrarse en la nueva sociedad: "Había tantas familias como mujeres. Los hombres eran más numerosos, y, en consecuencia, practicaban la poliandria; cada mujer tenía cuatro maridos. Así fue como tuve un hijo en la Amazonia: Tebocué. Solo lo supe dos años des-



Pratt afirma que recorrió Venecia en un coche blindado canadiense cuando fue liberada en abril del 45. Cómo se puede recorrer Venecia en un coche, blindado o no, no nos lo explica

pués, en 1966, cuando fui de nuevo a Brasil". Lo supo porque alguien que había estado con los xavantes les contó a unos amigos suyos que allí había nacido un niño mestizo, al que llamaban "Uca", como le llamaban a él. Lo curioso es que solo pasó veinte días en aquella tribu donde cada mujer tenía cuatro maridos. Muy complacientes y desganados parece que eran todos ellos.

Leemos estos recuerdos y reflexiones de Hugo Pratt, generosamente ilustrados con dibujos y fotografías, y no tenemos la sensación de leer un libro, sino de estar sentados junto al fuego, en una noche de invierno, escuchando a un viajero que ha dado varias veces la vuelta al mundo, combatido en la guerra y conocido a mil y una mujeres. No nos importa demasiado que tan ameno narrador no distinga muy bien cuándo está contando su propia vida y cuándo la de su personaje, Corto Maltese, como él un perpetuo adolescente.



HUGO PRATT
El deseo de ser inútil

► Traducción de Gabriel García Santos
CONFLUENCIAS, 292 PÁGINAS, 29 €



Incombustible Donna Leon

Sin la presencia de Brunetti, retoma sus tres pasiones: la ópera, Venecia y la novela de intriga

Narrativa

POR ALEJANDRO M. GALLO

Pocas veces hemos visto a Donna Leon (Nueva Jersey, 1942) aparcar las aventuras de su comisario Guido Brunetti y sus eternos secundarios: Paola, su esposa e intérprete de la realidad en la que se mueven los protagonistas; el vicequiere Patta, su jefe y al mismo tiempo el representante de la burocracia policial; su escudero, el sargento Vianello, y la eficaz signorina Electra. Si la memoria no me falla sólo ha ocurrido eso en dos ocasiones: en el ensayo *Sin Brunetti* (Seix Barral, 2006) y en *Paseos por Venecia* (Seix Barral, 2008), una atípica guía turística.

En esta ocasión rompe con los moldes, pues no sólo se aleja de las aventuras de su comisario Brunetti, sino también de los ensayos para crear en *Las joyas del Paraíso* una nueva heroína de las novelas de intriga: la



DONNA LEON

Las joyas del Paraíso

► Traducción de Mala Figueroa Evans
SEIX BARRAL, 320 P., 18,90 €/E-B., 13,99 €

Les joies del Paradís

► Traducción de Joan Puntí
EDICIONS 62, 336 P., 18,90 €/E-B., 13,99 €

profesora Caterina Pellegrini, una mujer hecha a sí misma, que le disgusta la gente que le prohíbe algo, pero víctima de la ética y la obsesión por el trabajo. La historia comienza cuando le encargan la búsqueda del testamento y de un posible tesoro propiedad del obispo y compositor Agostino Steffani (1654-1728). En ese momento, Caterina tiene otra oferta en Manchester, pero "Las vistas y olores de Venecia la habían abrumado de tal manera que supo que quería el trabajo independientemente de las condiciones: Manchester podía irse al infierno". De esta manera, Donna Leon retoma sus tres pasiones: la ópera, Venecia y la novela de intriga.

Entre legajos, documentos encriptados, lecturas de testimonios de la época, la autora nos sumergirá en el mundo de

las intrigas políticas y eclesiásticas -tan bien descritas por Maquiavelo un siglo antes del nacimiento de Steffani-, mentiras cortesanías, sobornos, adulterios y dinero -táleros- a montones para las castas altas de la sociedad. Recreará un mundo donde las guerras entre católicos y protestantes conducían a los pueblos a la muerte mientras discutían "cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler o si la hostia es realmente carne o mero símbolo. Siglos después -nos dirá con sarcasmo-, en las iglesias no hay más que viejos y críos con guitarras" y nos mostrará por las calles de los estados italianos "las imágenes de Ugolino, apresado en la torre, de Vercingetorix en Mamertina, de Casanova escapando de los Piombi". O los fetiches en los que hemos convertido una carta de Goldoni o la hebilla del cinturón de Garibaldi. Y golpeará a los posestructuralistas que piensan que el arte está en los textos: "El arte reside en el sonido, en la música, el canto. La partitura no es más que la forma en que se transmite. Pensar que la partitura era la música de verdad era una equivocación".

Descubriremos que la vida de Agostino Steffani -al igual que la de Antonio Vivaldi- se moverá entre la música como verdadera pasión y su puesto de clérigo, que no es más que un trampolín para relanzar su carrera musical. Como compositor es heterodoxo con la ideología dominante, como se puede apreciar en la obra *I trionfi del fato*, donde nos muestra que los humanos no son enteramente responsables de sus emociones y por tanto de sus actos, y cultiva un arte popular,



Donna Leon en su visita a Mallorca, el verano pasado. GUILLEM BOSCH

como ella defiende: "Las óperas, en aquellos tiempos, eran un entretenimiento popular, los productores montaban un gran espectáculo. Los cantantes eran las Madonnas o los Mick Jagger de la época, interpretaban las melodías de éxito". Y como no podía ser de otra manera, vive del mecenazgo de los Hannover o del elector católico del palatinado en Düsseldorf. Hasta el Vaticano cede en sus pretensiones y lo nombra obispo.

Además de reconstruir aquella época, Donna Leon aprovechará para mostrar-nos las calles de Venecia, su otra pasión, y sus lugares más emblemáticos: el Café Florian, Castello, Via Garibaldi, calle dei Miracoli, Strada Nuova.

Al final, sólo nos queda por resolver si existía el tesoro que buscaba nuestra protagonista, pero eso ya se lo dejo a ustedes cuando se sumerjan en la lectura de *Las joyas del Paraíso*.

La ciudad que siempre flota

'Venecia', la celebración de Jan Morris de la ciudad en la que fue feliz y el intento de fijarla en la memoria

Crónicas

POR SAÚL FERNÁNDEZ

■ Venecia es más que un clásico. Como Venecias, como *La muerte en Venecia*, como *Los papeles de Aspern* o *Marca de agua*. Cuando Jan Morris (Clevedon, Reino Unido, 1926) escribió esta *Venecia* suya se llamaba James y era un hombre. En 1960 publicó su primera versión escrita de la ciudad de los canales. En 1972 se sometió a una operación de cambio de sexo. En Casablanca. Tras "una violación sangrienta", según sus propias palabras, James dejó paso a Jan y Jan volvió a viajar por todo el mundo y Venecia se convirtió en parada y fonda. Entre aventura y aventura. Desde

aquella primera edición han venido dos más. Dos ampliaciones, dos declaraciones inusitadas de devoción por la ciudad que nació un viernes, de repente, el 25 de marzo del año 421. El Imperio romano aún se mantenía en pie.

Siendo un clásico, *Venecia* tardó en publicarse en España. Ahora luce todo su lujo en RBA. Colección Narrativas. Un libro que es una guía, que es historia, que son memorias. La ciudad de los canales tiene dos existencias ciertas: la real y la recreada. No hay ciudad del mundo que haya sido tantas veces contada. Desde que el tiempo es tiempo. Y en Venecia, el tiempo se detiene en cuanto se abandona el piazzale Roma, se cruza el puente de Calatrava y es otoño. Pero Morris escribe mejor que todos los que la antecedieron. Recorre la ciudad barrio a barrio, isla a isla, se deja conmover por la confluencia de estilos ar-



tísticos y se atreve a decir lo que los embobados callan: que las piezas de cristal de Murano son horribles, que los venecianos se venden al mejor precio, que la historia de la ciudad es una historia de robos (los restos mortales de San Marcos, el león del puerto de Atenas que ahora guarda el Arsenal) y va y vuelve por el pasado y el presente de la ciudad y recuerda a Napoleón a bordo de un barco elocuente (el "Libérateur d'Italie") que no lanzó ni un proyectil aquella primavera de 1797, cuando los mil y pico años que duró la historia de la ciudad cuajaron en modernidad y se suspendieron las órdenes religiosas y el estado policial y se abrieron avenidas en mitad de una ciudad detenida en las pintaladas de una marina de Canaletto.

Jan Morris celebra la ciudad de Venecia, donde fue feliz. La escribe y la describe con



JAN MORRIS
Venecia

► Traducción de Concha Cardeñosa
RBA, 400 PÁGINAS, 18 €

el deseo infinito de que no se escape por los huecos de la memoria. *Venecia* es un clásico, pero la ciudad que la inspira todavía es más clásica. John Ruskin dibujó la ciudad austriaca; Morris, la presente, la que sobrevive en la posguerra y la que crece y se desarrolla en este final de los días. Venecia es la ciudad que siempre flota: en la laguna y en las prosas de tipos tan grandes como Paul Morand, Thomas Mann, Henry James, Joseph Brodsky o Jan Morris. De nuevo, rendida a la ciudad de los nenúfares.

El millón de estacas de La Salute

Reflexiones y curiosidades en 'Otras Venecias' de Paul Morand, publicado por el sello Olañeta

Artículos

POR F. M. ROTGER

■ El "cónsul honorario" de Venecia en Mallorca es el profesor Juan José Delgado Gelabert. En su haber cuenta con las traducciones de *Venecia* y *La altana*, textos sobre la ciudad de Henri de Régnier

(ambas en Cabaret Voltaire) y en el sello palmesano José J. de Olañeta suma ahora a *La muerte en Venecia*, de Maurice Barrès, el reciente *Otras Venecias*, de Paul Morand.

Como Régnier y sobre todo Barrès, Morand (1888-1976) se sitúa en posiciones conservadoras, cuando no de ultraderecha. Pero esta característica apenas se trasluce en la presente recopilación de artículos, que completa su última producción, *Venecias*, de 1971. En seis apartados de épocas diversas que no suman el centenar de páginas, el autor desgrana una colección de lo más atractiva de curiosidades y reflexiones. Con sentido del



PAUL MORAND
Otras Venecias

► Traducción de Juan José Delgado Gelabert
OLAÑETA, 75 PÁGINAS, 8 €

humor, como cuando apunta que "los escritores han vertido tantas lágrimas sobre Venecia que ya únicamente se circula por ella en barca". O rozando la greguería: "Los buitres de Venecia son los gatos".

El lector descubre que un millón de estacas clavadas en la laguna sostienen La Salute "y es insuficiente", que los ladrones del cuerpo de San Marcos lo envolvieron en tocino "para alejar a los musulmanes" o que aquí se inventó la deuda pública. Y termina asistiendo a un baile de disfraces en 1951, junto a "Dalí de chino" y Churchill con su famoso gesto de los dedos por la "v" de "victoria".

